



Capítulo 592: Blasfemia

Dijo con una sonrisa y luego miró a Gabriel. "Después de todo, ahora probablemente piensan que los ángeles son sólo palomas humanoides."

La provocación atravesó el aire; el rostro de Gabriel palideció y la ira aumentó lentamente, casi incontrolablemente, disparando a través de sus rasgos angelicales como fuego. Sus dedos se apretaron y su mandíbula tembló.

"¿Cómo te atreves", tartamudeó, su autoridad oscilando entre la indignación y la necesidad de mantener la compostura.

Virgilio no le dio tiempo. Levantó la mano en un gesto agudo y cortante que sofocaba cualquier retórica.

"Callar." El pedido salió bajo, sin rastro de humor. "Basta de teatralidad. Dime qué quiere realmente el Padre Celestial aquí. Esta charla sobre 'establecer una buena relación' no me convence. Quiero hechos, no eufemismos."

Gabriel respiró profundamente, tratando de recuperar el control de su voz, pero Vergil no le dio tiempo para responder.

Se reclinó en su silla, con la mirada todavía fija en ella —sin ira, sólo una calma fría y calculada.

"Entiendo..." comenzó, su tono más mesurado, pero sin perder su firmeza. "Que Lucifer ha causado tantos problemas. Que su rebelión ha dejado heridas que aún arden en el corazón de los cielos."



Hizo una breve pausa y su mirada se posó en el cristal que tenía delante. El reflejo carmesí del vino parecía bailar en el borde de sus dedos.

"Pero yo no soy Lucifer." Su voz era firme, casi solemne. "No tengo ningún interés en librar una guerra celestial, ni en repetir el mismo estúpido ciclo de orgullo y venganza que casi destruyó a ambos bandos."

Levantó los ojos de nuevo y había algo diferente en ellos —una honestidad desarmante y rara.

"Sólo quiero vivir la vida que me he ganado", dijo con calma. "Una vida sana, larga... y feliz. Con mis esposas, con la gente que elegí proteger."

Esas palabras sonaban simples, pero tenían un peso silencioso. Incluso Gabriel, todavía irritado, sintió la extraña sinceridad en ese tono —el tipo de verdad que uno no esperaría escuchar de un demonio.

Virgilio juntó los dedos y apoyó los codos sobre la mesa.

"No necesito preocuparme por las intrigas del inframundo", continuó. "El infierno puede devorarse a sí mismo, como siempre lo ha hecho. Ya no es mi problema."

Entonces una leve sonrisa curvó sus labios. No fue arrogante ni cruel, simplemente... decidido.

"A diferencia de Lucifer, he aprendido que el poder no vale nada si el precio es la paz misma." Inclinó ligeramente la cabeza. "Y así, Gabriel... puedes decirle a tu Padre que yo, Virgilio, nunca iniciaría otra guerra celestial."



El silencio que siguió se sintió casi sagrado. Incluso Sephirothy, apoyado contra la pared, miró hacia otro lado—. Había algo incómodo en ver a un ser como Virgilio hablar de paz con tanta convicción.

Gabriel, por su parte, permaneció inmóvil. Por un momento, su ira dio paso a una mezcla de sorpresa y... duda.

Gabriel finalmente habló, su voz se ahogó con una mezcla de rabia e impotencia.

"Yo... yo no vine aquí por esto," dijo, respirando pesadamente. "No vine a escuchar sermones sobre la paz ni a sentirme insultado como algún plebeyo."

Sus ojos, una vez llenos de luz celestial, ahora estaban ensombrecidos por la incomodidad. Apretó las manos en el regazo y sus alas temblaron ligeramente detrás de ella —no por miedo, sino por confusión.

"Yo tampoco lo entiendo", continuó bajando el tono. "No entiendo por qué me dieron esta orden. 'Conoce al nieto de Lucifer.' Eso es lo que me dijeron. Sin explicación, sin propósito claro. Y sin embargo aquí estoy... siendo insultado, humillado, tratado como si mi presencia fuera una afrenta."

Vergil la observó en silencio durante unos segundos. Su mirada ya no era hostil—había algo más profundo allí, como si estuviera tratando de comprender a la criatura que tenía delante.

Luego inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado y la sonrisa regresó contenida.



"Dime, Gabriel." Su voz era suave, pero cada sílaba tenía un tono agudo.
"¿Actuarías normalmente si te dijera que Miguel, Uriel o cualquier otro nombre con un "el" al final era una mascota?"

El aire parecía congelarse entre ellos. Gabriel levantó la vista, sorprendido por la pregunta, y respondió sin dudarlo:

"No..." ella murmuró. "No lo haría."

Virgilio sonrió—una sonrisa corta, no cruel, pero cargada de significado.

"Exactamente", dijo, inclinándose hacia atrás otra vez. "Ahora entiendes por qué tus palabras tenían el mismo peso aquí."

Su tono era tranquilo, casi profesional. Pero había algo firme, casi paternal, en la forma en que la miraba.

"No se trata de lo que dijiste", continuó. "Se trata de lo que esto representa. Viniste aquí llevando el peso del cielo, pensando que podrías medir el mundo con el gobernante que te dieron. Pero olvidaste que aquí, Gabriel, nadie se inclina ante el halo de nadie."

Gabriel mantuvo su mirada fija en Virgilio, sin estar seguro de si sentía vergüenza o respeto. Por primera vez, se dio cuenta de que este hombre —este "demonio"— hablaba con más humanidad que muchos a quienes había servido en el paraíso.

Vergil aplaudió una vez y el sonido resonó sordamente por el pasillo.



"Bueno, ya basta de andarse con rodeos", dijo, reclinado en su silla, con una sonrisa peligrosa extendiéndose por su rostro. "Si el Viejo Celestial quiere un nieto... estoy abierto a la conversación."

Gabriel parpadeó, confundido. "que?"

Virgilio continuó como si no lo hubiera oído.

"Pero déjalo venir en persona, ¿de acuerdo? Y por favor, sin ese viejo barbudo de un templo en decadencia." Hizo un gesto con una mano, como si estuviera moldeando el aire. "Ya tengo bastante con el inframundo, no quiero que un abuelo vestido de blanco aparezca también en mi sala de estar." Sephirothy se llevó una mano a la frente, resoplando.

"Allá vamos..."

"Oh, no me mires así", replicó Virgilio, todavía sonriendo. "Wukong me dijo una vez: 'Los dioses no tienen género, Virgilio. Son entidades, no personas.'"

Él se encogió de hombros. "Entonces, si ese es el caso, deja que el Todopoderoso use su creatividad, ¿verdad? Si va a venir a hablar conmigo, que al menos aparezca en una forma... digamos... más agradable."

Gabriel lo miró con una mezcla de conmoción e indignación. "¡Te estás burlando del Creador mismo!"

"¿Creador?" Virgilio levantó una ceja y su sonrisa ahora era casi encantadora. "Oh, querida mía, el Creador me ha ignorado durante siglos. Si quisiera respeto, habría enviado una carta antes de enviarte."



Zex, que hasta entonces había intentado contener la risa, miró hacia otro lado para no ser sorprendida riendo. Iridia se tapó la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas por contenerse.

"Sólo estoy siendo práctico", continuó Vergil, como si explicara algo obvio. "Si una entidad sin género quiere negociar, genial. Pero no aparezcas aquí en forma de truenos, humo o un anciano cansado que parece recién salido de un sermón. Déjalo venir con estilo, con presencia, con algo que diga: 'Oye, soy el Todopoderoso y todavía sé cómo causar un impacto.'"

Gabriel quedó atónito. "Eso es... blasfemia."

"No," corrigió, "eso es sentido estético."

Sepphirothy no pudo evitar reírse, aunque lo escondió detrás de su mano.
"Eres imposible, Virgilio."



"Prefiero el término 'sincero.'" Se puso de pie y caminó tranquilamente por la habitación. "Mira, Gabe, piensa conmigo. Ustedes ahí arriba siempre están hablando de 'manifestación divina,' 'formas comprensibles para el ojo humano,' ¿verdad?"

Ella dudó, confundida por la dirección de la conversación. "Ciento..."

"Luego ahí." Virgilio extendió los brazos. "Si vas a hablar, preséntate de una manera que no me haga quedarme dormido antes de la segunda oración" Wukong tenía razón—se rió. "Los dioses son moldes vacíos. Si vas a presentarte, iaparece con carisma, con clase!"



Se detuvo en la ventana, mirando la ligera lluvia que caía afuera. El reflejo lo mostró con media sonrisa —la que los antiguos sabían que era un presagio de caos.

"Después de todo," dijo, volviéndose hacia atrás, "si incluso yo, un demonio, puedo elegir la forma que quiero presentar al mundo... ¿por qué el Dios supremo no puede tener un poco de gusto?"

Iridia y Zex intercambiaron miradas.

Zex murmuró suavemente, divertido, "Creo que acaba de desafiar al Creador a un concurso de belleza"

Gabriel, por otro lado, estaba rojo de ira. "¡Tú... te estás burlando de lo sagrado!"



Vergil simplemente se rió, y la risa fue ligera, casi musical. "No, querida mía. Me estoy burlando de la seriedad. Lo sagrado es una cosa; la pompa que le pones es otra."

Se volvió a sentar, cruzó las piernas y apoyó la barbilla en la mano. "Si el Creador quiere hablar, déjalo venir. No envío mensajes, no huyo, no niego el diálogo. Pero"—hizo una pausa e inclinó ligeramente la cabeza—"por favor, ven con buena pinta"

Sephhirothy arqueó una ceja. "¿Te ves bien?"

"Por supuesto." Virgilio sonrió. "Si vamos a discutir el destino de los mundos, que sea con estilo. Sin truenos, sin voces discordantes que resuenen desde el más allá. Sólo una presencia agradable, con luz, armonía... y un toque de buen humor."



Gabriel parecía al borde del colapso. "¡No tienes respeto!"

Virgilio tomó un sorbo de su vino y la miró con calma. "Tengo respeto. Por lo que vale la pena."

Su tono ahora era suave, pero había peso en cada sílaba.

"El problema es que el cielo y el infierno han pasado tanto tiempo tratando de demostrar quién es más 'justo' que han olvidado la razón por la que comenzó la existencia: la libertad."

Gabriel, por primera vez, no respondió. Hubo ira, sí, pero también confusión.

Vergil dejó su vaso sobre la mesa, sin apartar nunca los ojos de ella.

"Entonces díselo al Viejo de arriba", dijo, y la sonrisa volvió a su rostro. "No tengo ningún problema en hablar. ¿Pero honestamente?" Si vas a aparecer, asegúrate de hacerlo de manera decente. Wukong ya me enseñó eso; vino como una rubia sexy con un atuendo muy llamativo.

Virgilio hizo una pausa. "Que haga lo mismo. Odio tratar con hombres, hablar con mujeres es mejor."